

Las dos caras de la integración

José Tomás Rodríguez Álvarez

Como enfermedad, más contagiosa es la normalidad que la sub-normalidad. » No sé de quién es la cita, pero desde la perspectiva que ella abre se desvanece buena parte de la oscuridad que acompaña al tema de la integración escolar. Aunque complejo, no es oscuro; si bien parece haber cierto interés en no acabarlo de aclarar.

El de la integración es un problema derivado, que tiene su origen en una previa segregación o marginación. Sin ellas no habría qué integrar. El tónico tonto del pueblo no sólo suele estar integrado sino hasta asumido por la propia colectividad de que forma parte. Pero en el momento en que unas normas definen la normalidad y se quieren universales, para todos, como es el caso de nuestro sistema escolar, no pueden sino atentar contra el fenómeno humano básico: el de su naturaleza variada, el de las diferencias sustanciales entre los hombres. Tal conjunto de normas podrá expresar a algunos o a muchos pero nunca a todos, dejando al resto condenado a la marginación y la exclusión. El espíritu competitivo que impregna los valores sociales dominantes hará el resto, inferiorizando al anormal.

La integración no puede, pues, ser sino un medio que lleve a la asunción. Asumir no niega la diferencia, por el contrario, le da carta de naturaleza, en tanto que integrar busca ajustar al diferente a la norma en que se ha constituido el grupo, impidiendo que sea propiamente él. Perder de vista esta perspectiva lleva a convertir en fin lo que no era sino un medio, a integrar la a-normalidad como sub-normalidad en lugar de asumirla como condición misma de la diversidad.

Tal trastrueque de los medios en fines induce además a un error bastante generalizado. Siendo la familia la institución que en primer lugar ha de asumir la diferencia o déficit del niño, ante una integración mal entendida la familia cierra los ojos, ve menos la diferencia y cree que ya está todo en vías de solución. Cuando el paso no lo ha sido más que de una situación de inferioridad a otra.

No quiere esto decir que la integración escolar, entendida como un estar todos en el mismo marco escolar para su educación, no sea útil para los niños. Lo es y, aunque parezca paradójico, más aún para los considerados normales. Pero en un sistema escolar donde -tanto para los niños como para los padres y maestros- la competitividad es la regla de oro; donde la jerarquización, retención y exclusión que marcan las calificaciones vertebran toda su dinámica interna..., la integración puede ser una muy mala jugada. «Aborrezco la regla, decía Picabia, sólo amo la excepción. » A la escuela le pasa lo mismo... pero al revés.

Cuando tantas formas de desintegración hay en torno, ¿qué tendrá la integración escolar para ser la preferida a la hora de hacer experimentos? ¿Por qué no se experimenta en los restantes ámbitos? Parece como si con ella se pudiera experimentar más fácil e impunemente. Sus depositarios, niños al fin y al cabo, son de los que lo aguantan todo sin una protesta. Y aunque protesten, ya se sabe, son gentes sin razón, por definición.

Ensayar variantes de integración dejando intacto el entorno socio-político-económico, y en particular el escolar, o es de una inocencia que asombra o raya en una manipulación descarada.

